

LA LLAVE DE PLOMO



bam
bú

CARLO FRABETTI

Editorial Bambú es un sello
de Editorial Casals, SA

© 2025, Carlo Frabetti, por el texto
© 2025, Editorial Casals, SA, por esta edición
Casp, 79 – 08013 Barcelona
editorialbambu.com
bambulector.com

Ilustración de cubierta: Miguel Pang Ly
Diseño de la colección: Estudi Miquel Puig

Primera edición: febrero de 2025
ISBN: 978-84-8343-992-0
Depósito legal: B-150-2025
Printed in Spain
Impreso en Anzos, SL
Fuenlabrada (Madrid)

El papel utilizado para la impresión de este
libro procede de bosques gestionados de
manera sostenible.

Cualquier forma de reproducción, distribución,
comunicación pública o transformación de esta
obra solo puede ser realizada con la autorización
de sus titulares, salvo excepción prevista por la
ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de De-
rechos Reprográficos, www.cedro.org) si nece-
sita fotocopiar o escanear algún fragmento de
esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 /
/ 93 272 04 45).

El abuelo Trece

Un jueves por la noche, al echarle un vistazo a mi correo antes de irme a la cama, me llevé una de esas sorpresas tan increíbles que te hacen pensar que ya te has acostado y estás soñando... ¡Un mensaje del abuelo Trece! No podía imaginármelo delante de un ordenador, y menos escribiéndome un mensaje.

Y en realidad no me escribía a mí en concreto: era un correo dirigido a todos sus nietos y nietas y decía así:

Como sabéis, soy muy rico. Oculto a los ojos de los codiciosos, en mi casa guardo un tesoro de valor incalculable y lo heredará aquel de mis nietos o nietas que más lo merezca. Contestad sin dilación las preguntas del cuestionario adjunto. Quienes lo hagan de manera satisfactoria, pasarán a la siguiente fase.

En el cuestionario, que era larguísimo, había preguntas como estas:

¿Qué piensas de mí?
¿Qué harías si poseyeras una gran fortuna?
¿En qué animal te gustaría convertirte?
¿Cuál es tu personaje de ficción favorito?
¿Crees en fantasmas y muertos vivientes?
¿Te dan asco las cucarachas?
¿Te da miedo la oscuridad?
¿Te entristece el ruido de la lluvia en los cristales?

Mi madre decía que el abuelo estaba un poco loco; después de leer aquel correo, pensé que se quedaba corta: el abuelo Trece estaba como una regadera.

Por cierto, no es que yo tuviera trece abuelos; de hecho, solo tenía uno. El abuelo se llamaba Severo, era el decimotercero de una larga serie de Severos y su tataratataratatarabuelo fue un famoso «bandido generoso» (o eso decía él, aunque otros lo consideraban un vulgar pirata) conocido como Severo el Filibustero.

El abuelo estaba muy orgulloso de su antepasado y en sus tarjetas de visita ponía Severo XIII, como si fuera un rey o un papa. Y como Trece era más corto que Severo, que tampoco parecía un nombre, lo llamábamos así.

Estuve a punto de pasar, pero no me costaba nada contestar aquellas preguntas tan disparatadas (incluso, era divertido); así que, aunque no me tomé muy en serio lo del tesoro, llené el cuestionario, lo envié y me fui a dormir.

A la mañana siguiente tenía otro correo del abuelo:

Enhorabuena, has pasado a la siguiente fase. Te espero en mi casa a las 19:30. Pasarás aquí el fin de semana.

Algo formidable

El abuelo Trece vivía a unos treinta kilómetros de la ciudad, en una solitaria casona de tres plantas situada a las afueras de un pueblo casi abandonado.

Mi madre me llevó en coche hasta la puerta, pero no quiso ni entrar a saludar.

–Seguramente el abuelo estará escondido en alguna de sus habitaciones secretas –me dijo–. Si está visible, me soltará una de sus interminables batallitas... Y tengo un poco de prisa. En el fondo no es mala persona, aunque es insoportable. Si te hartas, llámame y vengo a buscarte. Si no, hasta el lunes por la mañana. Que te sea leve.

–No te preocupes, mamá; el abuelo es tan rarito que hasta puede ser divertido –dije para tranquilizarla.

–Te recogeré a las ocho en punto para llegar con tiempo al cole –me recordó mientras arrancaba el coche.

En la puerta de entrada no había timbre, sino un llamador de bronce que era una cabeza de león con una gran argo-

lla en la boca. Llamé tres veces, como quería el abuelo (decía que llamar solo dos veces indicaba desinterés y llamar cuatro era una impertinencia), y esperé.

Y lo hice durante un buen rato, ya que pasaron unos cinco minutos antes de que Rufo me abriera la puerta.

Rufo era un hombretón de uno noventa que, según contaba mi madre, había sido el guardaespaldas del abuelo en la época en que «vivía peligrosamente», según decía él mismo. Había ganado mucho dinero haciendo negocios un tanto arriesgados en varios países y, al parecer, se había metido en un montón de líos.

Rufo no hablaba. Tal vez fuera mudo o quizá solo pasara de hablar, pero lo cierto era que no decía ni mu. Ni siquiera hacía ruidos con la boca. Ni con la boca ni con nada, pues, a pesar de su enorme corpachón, era tan sigiloso como un gato. O como un fantasma.

El hombretón me indicó con un gesto de la mano una puerta junto a la que parecía hacer guardia una imponente armadura medieval. Crucé el vestíbulo y entré en la biblioteca, que estaba presidida por un gran retrato de Severo el Filibustero con un sable en la mano. Alrededor de una mesa redonda había cuatro sillas y tres de ellas ya estaban ocupadas. Al parecer, solo cuatro de los numerosos nietos y nietas del abuelo habíamos aprobado el examen del cuestionario.

–Llegas tarde, como de costumbre –dijo mi prima Claudia con una de sus típicas miradas de desdén.

–Llego puntual, como de costumbre –repliqué tomando asiento en la única silla que quedaba libre–. Eres tú la que se adelanta por miedo a no ser la primera en todo.

Claudia abrió la boca para replicar, pero en aquel momento sonaron en el reloj del vestíbulo las dos campanadas que indicaban que eran las siete y media.

–Hola –dijo escuetamente mi primo Nico mientras mi prima Elvira esbozaba una tímida sonrisa a modo de saludo.

En ese momento, la escasa luz de la biblioteca disminuyó aún más, hasta sumirnos en una penumbra amarillenta, y el retrato de Severo el Filibustero empezó a brillar como si tuviera luz propia.

De él brotó una voz cavernosa que dijo:

–Si queréis heredar mi valiosísimo legado, tendréis que demostrar que lo merecéis. La búsqueda del tesoro empieza aquí y ahora, y la primera pista... es algo formidable.

El cuadro dejó de brillar y la luz volvió a su intensidad anterior.

–Propongo que trabajemos en equipo –dije tras unos segundos de perplejidad– y que, si encontramos el tesoro, nos lo repartamos a partes iguales.

–Me gusta la idea de trabajar en equipo –respondió Claudia–, pero no contigo ni con la pringada de Elvira. Nico y yo nos bastamos, ¿verdad, primo favorito?

–Claro, prima favorita –contestó él con una amplia sonrisa.

Nico sonreía mucho, aunque no viniera a cuento, porque era guapo y tenía los dientes muy blancos.

Claudia y él tenían trece años, uno más que Elvira y yo, pero se creían muy mayores y nos trataban con condescendencia, por no decir con desprecio.

–Como queráis –dije encogiéndome de hombros–. ¿Quieres formar equipo conmigo, Elvira?

–Sí, muchas gracias –contestó ella sonriendo.

–No me des las gracias; eres la más lista del grupo y colaborar contigo es una gran ventaja.

Pensé que Claudia iba a soltar una de sus maldades; sin embargo, estaba mirando a su alrededor, concentrada en buscar una pista.

–Algo formidable, algo formidable... –repetía.

Yo me levanté de la silla y empecé a dar vueltas por la biblioteca sin saber muy bien qué hacer. Y, de pronto, Claudia exclamó:

–¡Claro! ¡El cuadro es lo más formidable de esta habitación!

Corrió hacia el retrato de Severo el Filibustero, seguida de Nico, y se puso de puntillas para tocar la parte inferior del marco. Nico, que era más alto, metió la mano entre el cuadro y la pared y lo movió un poco.

–¡Vamos a descolgarlo! –exclamó Claudia.

–¡Cuidado! Como se caiga, el abuelo nos mata –advertí.

Pero no me hicieron caso. Tampoco fue necesario que descolgaran el cuadro: al moverlo, de detrás de él cayó al suelo un papel que Claudia recogió enseguida.

En la hoja había algo escrito. Claudia lo leyó moviendo afirmativamente la cabeza, cuchicheó algo al oído de Nico y se fueron corriendo al vestíbulo, en el que había una escalera que llevaba a la planta superior.

Tras unos segundos de desconcierto, Elvira y yo fuimos tras ellos y llegamos justo a tiempo para verlos desaparecer en el primer piso.

–Es inútil que los sigamos –dijo Elvira–. Han dejado muy claro que no quieren nuestra colaboración.

–Tienes razón –admití–. Lo único que podemos hacer es seguir buscando por si hubiera otras pistas. Lo del cuadro es

muy evidente y el abuelo es bastante retorcido; me extraña que haya puesto una tan fácil.

–En la biblioteca solo hay libros, aparte del cuadro, la mesa y las sillas. Si hay otra pista, estará en algún libro.

–Es verdad. El problema es que ahí dentro hay miles de libros. Menos mal que tú de eso sabes mucho, porque yo no sabría ni por dónde empezar.

Volvimos a la biblioteca y nos quedamos unos segundos contemplando en silencio las estanterías repletas de gruesos volúmenes.

–Hemos de pensar con la cabeza del abuelo Trece –dijo Elvira.

–Pues lo tenemos crudo –contesté con un gesto de impotencia–. Quién sabe lo que habrá dentro de esa cabezota.

Lo de «cabezota» era por el tamaño. El abuelo tenía que encargar los sombreros a medida.

–No sabemos cómo razona el abuelo –reconoció Elvira–, pero conocemos algunas de sus manías; por ejemplo, es un obseso del orden. Si encontramos algo fuera de lugar...

–¡Allí! –exclamé señalando una de las estanterías–. ¡Hay un libro bocabajo!

–Es muy probable que sea una pista... ¡Qué buen ojo tienes!

–Con mi vista de lince y tu supercerebro, lo conseguiremos.

Elvira era superdotada. Tenía tres meses menos que yo e iba un curso por delante.

Cogí el libro y se lo di. Se titulaba *Las mil mejores poesías de la lengua castellana*.

–Seguramente la clave estará en algún poema –opinó Elvira.

–Pues si tenemos que leerlos los mil... –dije con desánimo.

–No habrá que leerlos todos. Tenemos la palabra clave: «formidable».

–Es verdad... Aunque no sé por qué digo eso. Yo me quedo igual.

–Hay un famoso poema en el que sale esa palabra, seguro que te suena: «De este, pues, formidable de la tierra bostezo el melancólico vacío».

–Sí que me suena. Es un ejemplo de..., ¿cómo se llama lo de cambiar el orden de las palabras?

–Hipérbaton. Y este es el hipérbaton más famoso de la poesía en lengua castellana... Mira, aquí está.

Mientras hablaba, Elvira pasó las páginas del libro hasta encontrar lo que buscaba. Era un fragmento de la *Fábula de Polifemo y Galatea*, de Luis de Góngora.

–Vaya manera de complicarse la vida –dije mientras echaba un vistazo al poema; lo del bostezo de la tierra se refería a la cueva en la que vivía Polifemo.

De pronto, me di cuenta de que en el margen de la página había una palabra escrita con lápiz en letra muy pequeña. Y la palabra era...

–«¡Caliente!» –exclamé–. ¡Vamos bien!

–Eso parece –asintió Elvira–. ¿Y ahora qué?

–Tú eres la lista. ¿Qué opinas?

–Lo primero que se me ocurre es buscar en la *Odisea*.

Fue fácil encontrar un ejemplar de la *Odisea* en la ordenada biblioteca del abuelo. Primero buscamos la parte en la que hablaba de Polifemo y la leímos entera; no encontramos nada que pareciera una pista.

Entonces, pasamos las páginas del libro una a una, por si había alguna anotación al margen. Y la había. Estaba en la última página, y decía así: «Buen intento, pero no es Góngora».

–¡El abuelo es un sádico! –exclamé con indignación–. ¡Primero nos dice «caliente» para animarnos a seguir por ahí y luego espera a que revisemos el libro entero para decirnos que hemos metido la pata!

–No hemos metido la pata –replicó Elvira–. Vamos bien. Si no es Góngora, quiere decir que es otro.

–¿Otro qué?

–Otro poeta que haya usado la palabra «formidable», que no es muy frecuente.

–¿Cómo quién?

–Como Quevedo.

–¿El de la nariz?

–Sí, el de «Érase un hombre a una nariz pegado». Tiene otro soneto que empieza diciendo: «Ya formidable y espantoso suena».

Mientras hablaba, Elvira pasaba nerviosamente las páginas del libro.

–¡Aquí está! «Ya formidable y espantoso suena dentro del corazón el postrer día» –leyó en voz alta.

–Este no es tan divertido como el de la nariz. Da un poco de yuyu.

–Y tampoco es la pista. Mira.

Elvira me mostró la página; en el margen, como en la del bostezo, estaba la palabra «caliente» escrita a lápiz.

–Voy a buscar en internet poemas con la palabra «formidable» –dije sacando el móvil.

–¿Eso no será hacer trampa? –preguntó Elvira con expresión preocupada.

–Todo lo que no está prohibido, está permitido; así que nada nos impide buscar en la red.

Tecleé en el buscador las palabras «formidable» y «poema», pero salieron los que ya habíamos visto.

–¿Qué otra palabra podemos añadir para mejorar la búsqueda? –le pregunté a Elvira, que había cerrado los ojos, como si estuviera muy concentrada.

Al cabo de unos segundos, contestó:

–La voz del cuadro ha dicho exactamente: «La primera pista es algo formidable». Yo he entendido que teníamos que buscar alguna cosa formidable...

–Y yo. Y también Claudia y Nico, que han ido directos al cuadro.

–Pero, luego, al ver el libro en posición invertida, hemos buscado la palabra «formidable». ¿Y si la pista es la frase «es algo formidable»? Me suena mucho.

–Marchando...

Tecleé «es algo formidable», y apareció en el acto: un soneto de Rubén Darío titulado *Caupolicán*, que empezada diciendo: «Es algo formidable que vio la vieja raza, robusto tronco de árbol al hombro de un campeón salvaje y aguerrido, cuya fornida maza blandiera el brazo de Hércules o el brazo de Sansón». Buscamos el soneto en el libro y vimos que en el margen de la página, junto a la primera estrofa, ponía a lápiz «Muy caliente» y la palabra «Hércules» estaba subrayada.

En ese momento sonó una campanilla. Salimos al vestíbulo, vimos que la puerta del comedor estaba abierta y hacia

allí nos dirigimos, a la vez que Claudia y Nico bajaban por la escalera.

–Qué bien, la cena –dijo Claudia mientras entrábamos en el gran comedor–. El éxito me da hambre.

Su alegría se esfumó cuando levantó la tapa de la sopera que había en el centro de la mesa.

–¡Garbanzos con espinacas! –exclamó indignada–. ¡Esto es culpa tuya, vegana de las narices! –añadió mirando a Elvira con cara de odio.

–Yo no he tenido nada que ver; pero me alegro de que esta cena no haya supuesto la muerte de ningún animal –replicó tranquila.

–Pues cómete tú esta bazofia –dijo Claudia con desprecio–. Yo he traído comida de verdad en mi mochila. Vamos, Nico, hay para los dos.

Mientras salían del comedor, le pregunté a Elvira en voz baja:

–¿Crees que habrán encontrado algo?

–Claudia parecía muy contenta antes de ver los garbanzos –contestó ella.

–Sí, aunque creo que nuestra pista es buena.

–Puede que haya varios caminos hacia el tesoro. O quizá haya más de un tesoro.

–O tal vez el abuelo nos esté tomando el pelo.

Carlo Frabetti

Escritor y matemático italiano afincado en España, escribe habitualmente en castellano. Ha publicado un centenar de libros y estrenado varias obras de teatro. Creador y guionista del mítico programa de TVE *La bola de cristal*, también se ha interesado activamente por el cine, la televisión y el cómic. Cultiva asiduamente la literatura infantil y juvenil, la divulgación científica (en el diario *El País* aparece semanalmente su sección «El juego de la ciencia», un referente internacional que se traduce al inglés y al francés y se publica simultáneamente en varios países) y la crítica cultural (es colaborador asiduo de las revistas *Jot Down* y *Mercurio*).

Ha ganado, entre otros, el Premio Jaén, con *El gran juego*; El Barco de Vapor y el White Raven, con *Calvina*; el de la Comisión Católica para la Infancia, con *La biblioteca de Guillermo*, y el de la UNEAC (Unión de Escritores y Artistas de Cuba) por el conjunto de su obra. En 2019 recibió el Cervantes Chico, y en 2020, por segunda vez, El Barco de Vapor, con *¿Quién quieres ser?*

Entre sus libros más recientes cabe destacar *Detective íntimo*, *Harena*, *El trovador oscuro*, *El hombre ameba*, *Terrible ángel*, *La Colla del Prisma* (en colaboración con Eva Flores) y la reedición de *Malditas matemáticas*, traducido a una veintena de idiomas y con más de un millón de ejemplares vendidos en todo el mundo.

Bambú Grandes Lectores

Bergil, el caballero perdido de Berlindon

J. Carreras Guixé

Los hombres de Muchaca

Mariela Rodríguez

El laboratorio secreto

Lluís Prats y Enric Roig

Fuga de Proteo 100-D-22

Milagros Oya

Más allá de las tres dunas

Susana Fernández Gabaldón

Las catorce momias de Bakrî

Susana Fernández Gabaldón

Semana Blanca

Natalia Freire

Fernando el Temerario

José Luis Velasco

Tom, piel de escarcha

Sally Prue

El secreto del doctor Givert

Agustí Alcoberto

La tribu

Anne-Laure Bondoux

Otoño azul

José Ramón Ayllón

El enigma del Cid

M.^a José Luis

Almogávar sin querer

Fernando Lalana,

Luis A. Puente

Pequeñas historias del Globo

Àngel Burgas

El misterio de la calle de las Glicinas

Núria Pradas

África en el corazón

M.^a Carmen de la Bandera

Sentir los colores

M.^a Carmen de la Bandera

Mande a su hijo a Marte

Fernando Lalana

La pequeña coral de la señorita Collignon

Lluís Prats

Luciérnagas en el desierto

Daniel SanMateo

Como un galgo

Roddy Doyle

Mi vida en el paraíso

M.^a Carmen de la Bandera

Viajeros intrépidos

Montse Ganges

e Imapla

Black Soul

Núria Pradas

Rebelión en Verne

Marisol Ortiz de Zárate

El pescador de esponjas

Susana Fernández

La fabuladora

Marisol Ortiz de Zárate

¡Buen camino, Jacobo!

Fernando Lalana

La montaña del Infierno

Marisol Ortiz de Zárate

Cómo robé la manzana más grande del mundo

Fernando Lalana

El canto del cisne

Núria Pradas

Montgomery Bonbon.

Asesinato en el museo

Alasdair Beckett-King /

Claire Powell

La llave de plomo

Carlo Frabetti



¿Qué estarías dispuesto a hacer por una herencia?

El excéntrico abuelo Trece, rico, enigmático y de buen corazón, pone a prueba a sus nietos en su antigua mansión en las montañas. Con acertijos, desafíos y secretos ocultos, deberán demostrar que la generosidad, la valentía y el ingenio pesan más que cualquier fortuna y solo los más nobles podrán ganar. ¿Quién será el heredero?

